

nerales, que erige en leyes. Sigue también estas leyes, y viendo en su tendencia y dirección un fin determinado, se levanta al conocimiento del orden general que las enlaza; de este orden admirable, cuya contemplación tanto ennoblece su espíritu y tanto magnífica las obras de la naturaleza.

Cuánto se hayan desvelado los hombres desde que rayó la aurora de la filosofía, y cuán admirables hayan sido sus progresos en la investigación de este orden, lo echaréis de ver á cada paso en el progreso de vuestro estudio. Observando la varia muchedumbre de seres que veían en derredor de sí, reuniendo unos por la analogía de sus formas y propiedades, separando otros por la desemejanza de sus fenómenos, y inquirendo, siguiendo y calando las relaciones que parecían enlazar á unos con otros, lograron al fin componer estos sistemas celestes, estos reinos geológicos, estos géneros y especies, y familias y clases que veréis tan menudamente deslindados en la historia de la naturaleza; y cómo el navegante señaló ciertos puntos y alturas para atravesar sin peligro el ciego y vasto Océano, así el filósofo marcó estas divisiones para no perderse en la inmensidad del universo. No, yo no las condenaré, hijos míos, ni os privaré de un auxilio que la grandeza misma del objeto hace indispensable; empero advertiros he que no atribuyáis á la naturaleza las invenciones de la flaqueza humana. Estas clasificaciones son obra nuestra, no suya. La naturaleza no produce más que individuos, de cuyo número y propiedades, así como de las relaciones que los unen, sólo conocemos una porción pequeñísima. Sin duda que en la grande obra de la creación todo está enlazado, graduado, ordenado; pero también en ella está todo lleno, henchido, completo. En la inmensa cadena de los seres no hay interrupción ni vacío, y mientras percibimos algunos eslabones sueltos acá y allá, y distinguidos por muy notables caracteres, perdemos de vista los demás y se nos escapan aquellas imperceptibles transiciones con que la naturaleza pasa de uno en otro sér. ¿Hay por ventura quien alcance las esencias intermedias que el Omnipotente colocó entre el sentimiento y la animación, entre la animación y la vida, y entre la vida y el movimiento y la simple existencia? Hay quien penetre las relaciones y los grados de perfección que intercaló entre la razón y el instinto, el instinto y la propensión,

la propensión y la gravedad, y estas afinidades, estas aversiones y estas apetencias á ciertas formas que descubren los seres conocidos?

¡Ah! fuérame dado penetrar la esencia del más pequeño de ellos; de una mariposilla, una flor, un grano de arena de los que agita el viento en nuestras playas, y yo sorprendería vuestro espíritu, llenándole de admiración y pasmo! Pero ignorante como vosotros de la economía de la naturaleza, sólo podré llamar vuestra atención hacia los grandes caracteres que distinguen los entes. Volvedla hacia aquellos á quienes fué dada vida y sentimiento, y detenedla por un rato sobre la organización animal. ¿Quién ha sondeado todavía los prodigios que abraza la muchedumbre y delicadeza de sus partes, su trabazón y enlace, la proporción relativa de cada una, su conveniencia recíproca, y aquella tendencia uniforme con que concurren á la unidad de acción que les fué prescrita? ¿Y quién explicará los varios y diversificados movimientos de esta acción multifaria, siempre certera, siempre congruente á tantas y tan diferentes funciones, y siempre determinada á un fin conocido, y jamás equivocado ni alterado? Observad cualquiera de los individuos de este reino animado, y desde el león, que atruena con su bramido los desiertos de África, hasta el imperceptible animalillo que se esconde en la pimienta, cien millones de veces más pequeño que un grano de arena, no hallaréis alguno cuya organización no sea tan cumplida y perfecta cual conviene á su sér y al grado que le cupo en la escala de la naturaleza animal. En todos, en cada uno hallaréis completos los órganos de respiración, digestión, secreción, generación, alimentación, movimiento y sensación; en todos, los instrumentos y los recursos necesarios para labrar su morada, buscar su alimento, engendrar y criar su prole y defender su vida. ¿Y á quién no sorprende la congruencia de esta organización con el elemento que debe habitar, el alimento de que debe vivir y las funciones en que se debe ocupar cada especie y aun cada individuo? ¿Y no más? ¿No les fué dada también aquella particilla de razón que convenía á su sér? Aquí es donde el observador de la naturaleza admira extasiado la conveniencia portentosa que hay entre el instinto y la organización animal, y la constante fidelidad con que el más pequeño viviente llena este fin de conservación, y

la sagacidad y el acierto con que camina á la perfección para que fué criado. Ninguno desmiente la tendencia de esta ley. Todos la siguen, así los que amigos de soledad, huyen á los bosques y cavernas umbrías, ó pasan su vida eremítica en un tronco, en una roca, ó en el corazón de una gruta, como los que, amando la compañía, se reúnen en rebaños ó bandadas para hacer comunes sus pastos, sus juegos, sus amores y su seguridad. Fieles algunos á la voz de la naturaleza, ved cómo se buscan, se congregan para volar sobre las altas cumbres, ó cruzan los hondos mares en busca de otro cielo, otro clima, otro suelo más conveniente á su sér; mientras que otros, aspirando á más perfecta unión, forman aquellas oficiosas repúblicas, donde el interés personal aparece siempre sacrificado al bien común, donde reina siempre el orden y la laboriosidad, y donde tanto brillan la previsión y la justicia del Gobierno como la subordinación y el celo público de los individuos. ¡Dechados admirables, que debiera observar con más vergüenza que pasmo el hombre temerario, que rompiendo los vínculos sociales, arma tal vez su razón ó su brazo contra la patria, á quien debe la vida, y el Estado, que se la asegura!

Sin duda que tales ejemplos tienen derecho á nuestra admiración, sin duda que la prudencia de las hormigas, los trabajos de las abejas, las estupendas obras de los castores nos presentan grandes prodigios y grandes documentos; pero nosotros debemos esta admiración á su excelencia, y la damos sólo á su singularidad. Descuidados de la naturaleza, no vemos que el más rudo de los vivientes nos presenta iguales prodigios, y los presenta en todos los períodos, en todos los accidentes, en todas las funciones de su vida. Observadlos en cualquiera de ellas, observadlos en una sola, en aquella que los mueve á la propagación de su especie, y sobre la cual se apoya la gran ley de la conservación; ¡cuán tierno y expresivo no es entonces el idioma de sus amores! Sus querellas ¡cuán afectuosas y bien sentidas! ¡Qué solercia, qué industria en la nidificación! Qué mansedumbre, qué paciencia en la incubación y lactación! Qué solicitud en la crianza y educación de su prole! Y si algún enemigo le amenaza, ¡qué valor tan intrépido, qué resolución tan heroica para defenderla!

Pero estos medios de preservación y propagación brillan más todavía en seres menos perfectos. ¡Qué! ¿No descubrimos esta sombra de instinto, esta propensión determinada al mismo fin en el reino vegetal, aunque inmóvil, y á nuestro parecer dotado de menos perfecta organización? Á cuál de sus individuos faltan los medios de conservar su vida y propagar su especie? Poned una planta en la obscuridad, y veréis cómo alterando su natural dirección, se encamina en busca del aire que debe respirar y de los fecundos rayos de luz que la alimentan. Todas extienden sus raíces al paso que sus ramas, para proporcionar el cimiento á la cumbre. Todas las apartan de los lugares estériles, y las dirigen á los húmedos y pingües. Todas buscan, todas hallan su equilibrio, y perdido, todas saben restablecerle. Apenas columbramos sus amores; pero la diferencia de sexos y el dón de fecundidad los atestiguan. Ninguna ignora el arte de distribuir y defender sus semillas, que ora siembran y esparcen, ora las fian al ambiente ó á las aguas, provistas de airones ó quillas para que vayan á germinar lejos de su tallo. Si son hambrientas y voraces, ved cuál se adhieren á los verdes troncos ó á los ancianos muros, y trepan por ellos, y tienden sus brazos y multiplican sus bocas, hasta saciarse de los jugos convenientes. Si débiles y flacas, ved cuál dirigen sus ramillas en busca del cercano apoyo, y le estrechan y abrazan en líneas espirales, ó buscan otros medios de seguridad y subsistencia. Así es cómo las propensiones se proporcionan á los recursos, y los recursos á las necesidades; y mientras la robusta encina, cuyas raíces ocupan una región entera, resiste apenas los embates del Aquilón, la dócil caña, doblando su cuello, salva su vida y se burla de los más violentos huracanes.

Pero al examinar las propiedades de los seres, ¿dónde llevaréis vuestros ojos, que no descubran nuevas maravillas? ¿Por ventura carece de ellas el reino mineral? ¡Ah! ¡cuántas no reserva para vosotros la química; esta ciencia de nuestros días, que saliendo apenas de su infancia, levanta ya entre las demás su orgullosa cabeza, y como la astronomía al imperio de los cielos, parece aspirar al de las sustancias sublunares! Ella es hoy el antejo de la física y la exploradora de la naturaleza. Perspicaz y desconfiada en sus combinaciones, pero constante y atrevida en sus designios, logró desatar

los vínculos de la materia, y sorprender algunos de estos secretísimos agentes, que la naturaleza emplea en la formación y disolución de los cuerpos. ¿Quién no admirará la índole de sus sales, su forma regular, su tenaz propensión á recobrarla, su amor y afinidad con unos cuerpos y su aversión y repugnancia á otros? Poned en contacto los alcalinos y los ácidos, y ved qué odio tan fervoroso, qué guerra tan encarnizada excitáis entre ellos. Ninguno cederá hasta que mutuamente se destruyan, ú otro agente los neutralice, para producir una sustancia diversa. Pero separados, ¿quién resiste á su fuerza? Troncos, rocas, metales, todo lo disuelven, todo lo rinden y avasallan. Á su lado pelea la numerosa legión de los gases, que parten su dominio; los gases, otras sustancias aeriformes, elásticas, impetuosísimas, y que invisibles como el espíritu, sólo pueden ser conocidas por sus efectos. Cuanto nos rodea reconoce su influjo. Este ambiente que respiramos, estos alimentos de que nos nutrimos, la sangre que bulle en nuestras venas, el aire, el agua, el fuego, todo es gas, todo pertenece á estos estupendos fluidos, en mil maneras combinados; sustancias impalpables, indóciles, y que sin embargo ha sabido sujetar á su mano el poderoso genio de la química.

Pero ¿acaso la química robará á la naturaleza todos sus arcanos? No, por cierto; una mano invisible detendrá sus pasos, y refrenará su temeridad si no los respetare. El hombre no verá jamás en los seres sino formas y apariencias; las sustancias y las esencias de las cosas se negarán siempre á sus sentidos. En vano los esforzará para observar los cuerpos; en vano seguirá las huellas que la naturaleza va rápidamente imprimiendo en sus formas; en la fluida vicisitud de su estado sólo verá mudanzas ó fenómenos. En vano por estos efectos querrá subir hasta sus causas; tal vez alcanzará algunas de las inmediatas, pero no las intermedias y remotas, y por más que las siga, las verá confundirse todas en aquella eterna, única primera causa, de que todo procede y se deriva, y por la cual existe todo cuanto existe. Dichoso si siguiendo la maravillosa cadena de la existencia, se prosternare á adorar la mano omnipotente, que tiene su primer eslabón! Pero si esta gran causa, si este sér adorable y benéfico ha rodeado de sombras los principios de las cosas, ved cómo por todas partes nos descubre sus fines. Más atento á socorrer nuestras necesida-

des que á contentar nuestro orgullo, nos presenta en todos los fenómenos y en todas las leyes naturales una tendencia, una determinación á fines conocidos y provechosos, y en la reunión de estas determinaciones nos hace columbrar aquel orden grande y admirable que armoniza el universo, y en el cual tan gloriosamente resplandece el fin de la creación.

Ved aquí donde debéis encaminar vuestros estudios. La naturaleza se presenta por todas partes á vuestra contemplación, y do quiera que volváis los ojos veréis brillando la conveniencia, la armonía, el orden patente y magnífico que atestiguan este gran fin. Consultadla, y nada os esconderá de cuanto conduzca á la perfección de vuestro sér; el único entre todos dotado de una perfectibilidad indefinida. Nada os esconderá, porque esta perfección pertenece al mismo orden y está contenida en el mismo fin. Consultadla, y luégo desenvolverá á vuestros ojos el admirable y portentoso lazo con que sostiene el universo, atando y subordinando todos los seres, haciéndoles depender unos de otros, y ordenándolos para la conservación del todo. Veréis que en él todo está enlazado, todo ordenado; que nada existe por sí ni para sí; que toda existencia viene de otra, y se determina hacia otra; y que todo existe para todo y está ordenado hacia el gran fin. Nada producirían los elementos primitivos sin los principios secundarios, ni existirían estos principios sin la sucesiva y perenne destrucción de los cuerpos. Sin la atracción, sin esta ley de amor, que coloca y sostiene todos los seres, y á la cual así obedece el anillo de Saturno como la arista arrebatada por un torbellino, la naturaleza, trastocada, sólo presentaría confusión y desorden. Ella detiene al sol en el centro del mundo, y lleva en torno de él los grandes y pequeños planetas. Sin sus ordenados movimientos no luciera sobre nosotros el día, ni la callada noche protegería nuestro reposo; no habría meses ni años, ni medida que reglase nuestros cuidados y placeres, nuestros deberes civiles y religiosos. Sin ella no asomaría la primavera á renovar la vida y la vegetación, ni la sucederían el estío con sus doradas mieses y el otoño con sus ópimos frutos, ni el invierno cobijaría en sus hielos y nieves las esperanzas de una futura renovación.

Así es como el Omnipotente ató los cielos con la tierra, y como enlazó sobre ella todas las cosas en un mismo vínculo

de amor y mutua dependencia. ¿No veis cómo las rocas durísimas, penetrando con sus raíces las entrañas de nuestro planeta, le ciñen, le estrechan por el Ecuador y las zonas, y dan estabilidad á su superficie? Ved cómo abren un ancho asiento á los tendidos mares; pero ved también cómo les oponen los promontorios y dilatados continentes para refrenar el furor de sus olas, y cómo rompiendo acá y allá seguros abrigos y ensenadas, llaman el hombre al uso de las riquezas que produce su fondo, y le convidan á la pesca, al comercio y á la navegación. Sobre estas rocas, como sobre un incontrastable fundamento, se levantan los montes; las nieves cobijan y las nubes riegan sus cumbres, é hinchen sus entrañas con aguas salutíferas, y la tierra las cubre y enriquece con majestuosos árboles, en que hallan abrigo y alimento fieras y aves, insectos y reptiles. Sin los despojos de estos árboles y estos vivientes, sin las aguas que fluyen de las alturas, fueran estériles los valles, y no nacieran el rubio grano, ni la brizna de yerba, ni el trabajo del hombre recogería tanta abundancia de bienes y regalos, que la industria mejora y multiplica, el comercio cambia y la navegación difunde por toda la tierra. Así es cómo se enlazan también todos los pueblos que la habitan, cómo se hacen comunes sus conocimientos, sus artes, sus riquezas y sus virtudes, y cómo se prepara aquel día tan suspirado de las almas, en que perfeccionadas la razón y la naturaleza, y unida la gran familia del género humano en sentimientos de paz y amistad santa, se establecerá el imperio de la inocencia y se llenarán los augustos fines de la creación. Día venturoso, que no merece la corrupción de nuestra edad, y que está reservado sin duda á otra generación más inocente y más digna de conocer, por la contemplación de la naturaleza, el alto grado que fué señalado al hombre en su escala.

El hombre, ved aquí el rey de la tierra y el término de vuestros estudios. Vedle colocado en el centro de todas las relaciones que presenta la armonía del universo. Él es la única criatura capaz de comprender esta armonía, y de subir por ella hasta el supremo Artífice que la ordenó. Derramado por la superficie del globo, capaz de habitar todos sus climas, dotado de la organización más exquisita y de la forma más augusta, aparece en todas partes destinado á dominar la tierra. Firme y guiado entre los demás seres, su aspecto mismo

anuncia su superioridad. ¡Ved cuán excelsa se levanta su frente al empíreo en busca de objetos dignos de su contemplación, y cómo sus ojos penetrantes circundan de un vuelo los dilatados horizontes y las bóvedas celestes! Habla, y todo viviente reconoce la voz de su señor, y viene humilde á su morada para ayudarle y enriquecerle, ó tímido se esconde, respetando su imperio. No le resiste el rinoceronte en los umbríos bosques, ni la garza en la sublime región del viento, ni el leviatán en el profundo de los mares. Todo se le rinde; á su albedrío está el planeta en que tiene su morada, y ya le veis penetrar sus abismos, remover sus montes, levantar sus ríos, atravesar sus golfos, ya remontarse á las nubes para colocar su trono entre los cielos y la tierra. Su mano es instrumento admirable de invención, de ejecución, de perfección, capaz de mejorar la naturaleza, de dirigir sus fuerzas, de aumentar y variar y transformar sus producciones, y de someterlas á sus deseos. Su palabra, vínculo inefable de unión y comunicación con su especie, le da la portentosa facultad de analizar y ordenar el pensamiento, pronunciarle al oído, pintarle á los ojos, difundirle de un cabo al otro de la tierra, y transmitirle á las generaciones que no han nacido aún. Sobre todo, su alma; ved aquí el más sublime de los dones con que plugó al Altísimo enriquecer al hombre, y el que corona todos los demás; su alma, destello de la luz increada, purísima emanación de la eterna Sabiduría, sustancia simple, indivisible, inmortal, que anima y esclarece la parte corpórea y precedera de su sér, y encaramándola sobre toda la naturaleza visible, la acerca y asimila á las supremas inteligencias. Más aguda que la saeta en penetración, más veloz que el rayo en su movimiento, más extendida que los cielos en su comprensión, abraza de una ojeada todos los seres, penetra sus propiedades, sus analogías, sus relaciones, y subiendo hasta la razón de su existencia, ve en ella la gran cadena que los enlaza, y columbra la mano omnipotente que la sostiene.

Entonces es cuando extasiado en la contemplación de tan admirable armonía, pierde de vista cuanto hay de material y precedero en la tierra, y levantándose sobre sí mismo, reconoce otro universo más noble y magnífico que el que le habían mostrado los torpes sentidos, poblado de seres más perfectos, gobernado por leyes más sublimes y ordenado á más

excelsos é importantes fines. En medio de este universo moral, descubre el alto grado que le fué concedido en la escala de los seres, ve más de lleno las relaciones que enlazan tantas y tan varias esencias, y se lanza de un vuelo hasta el inefable principio de donde todas manan y se derivan. Allí es donde penetrado de admiración y reverencia, reconoce aquella eterna y purísima Fuente de bondad, en la cual esencialmente residen, y de la cual perennalmente fluyen los tipos de cuanto es sublime, bello, gracioso en el mundo físico, y de cuanto es justo, honesto, deleitable en el mundo moral. Allí es donde se inunda, se embebe en estos puros y generosos sentimientos, que tanto realzan la gloria de la naturaleza y la dignidad de la especie humana; en la activa ilimitada sensibilidad que le interesa, en el bienestar de cuanto existe, en la augusta longanimidad que le fortifica contra el dolor y la tribulación; en la gran prudencia, la noble gratitud, la tierna compasión y la celestial beneficencia, corona de todas sus virtudes; allí ve, en fin, cómo á él solo fueron dados este amor á la verdad, este respeto á la virtud, este íntimo religioso sentimiento de la Divinidad, que desprendiéndole de todas las criaturas, le mueve y le fuerza á buscar solamente en el seno de su Criador la causa y el fin de toda existencia y el principio y término de toda felicidad.

Ved aquí, amados jóvenes, los títulos de vuestra dignidad; títulos gloriosos, á ninguno negados, y ante los cuales se eclipsan ó se disipan como el humo todos los títulos y vanas distinciones que la ambición y el orgullo han inventado. Conocerlos, merecerlos, perfeccionarlos es el sublime objeto de vuestros estudios y de mis ardientes deseos. ¡Venturosos vosotros si en medio de la depravación de un siglo en que la superstición y la impiedad se disputan el imperio de la sabiduría, siguiéreis el único camino que ella señala á los que quiere conducir á su templo! Venturosos si le hallareis en el estudio de la naturaleza y en la contemplación del alto fin para que fuisteis colocados en medio de ella! Venturosos si ilustrado vuestro espíritu con el conocimiento de las verdades que encierra, y perfeccionado vuestro corazón con la posesión de las virtudes á que conduce, alcanzareis la verdadera sabiduría para asegurar vuestra felicidad, mejorar vuestro ser y acelerar la perfección de la especie humana! Entonces podréis

convencer con la razón y con el ejemplo á aquellos hombres tímidos y espantadizos, que deslumbrados por una supersticiosa ignorancia, condenan el estudio de la naturaleza, como si el Criador no la hubiese expuesto á la contemplación del hombre para que viese en ella su poder y su gloria, que predicán á todas horas los cielos y la tierra. Entonces sí que podréis confundir más bien á aquellos espíritus altaneros é impíos, baldón de la sabiduría y de su misma especie, que sólo escudriñan la naturaleza para atribuirle al acaso ó abandonarla al gobierno de un ciego y necesario mecanismo, usando sólo, ó más bien abusando, del privilegio de su razón para degradarla bajo del nivel del instinto animal. Entonces sí que subiendo continuamente de la contemplación de la naturaleza á la de vuestro sér, y de esta á la del Sér supremo, y adorando en espíritu á este Sér de los seres, Sér infinito, que existe por sí mismo y que es principio y término de toda existencia, perfeccionaréis el conocimiento de los grandes objetos en que está cifrada toda la humana sabiduría: Dios, el hombre y la naturaleza.

